

LAS EMIGRACIONES Y SU APORTE A LA CULTURA DOMINICANA (FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX)*

José del Castillo

Para las ciencias sociales el término cultura refiere la forma de vida de cualquier sociedad y no simplemente "las zonas que la misma sociedad considera como más elevadas o deseables".¹ En este sentido, partimos de la definición que consigna que la "cultura es la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta, cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de una sociedad".² Tales resultados incluyen lo que se ha denominado como *cultura material*, o sea, "los objetos que habitualmente han fabricado y utilizado los miembros de la sociedad", así como la *cultura inmaterial*, es decir, las ideas, sistemas de valores, costumbres, etc.³

Es dentro de los predicamentos anteriores que desarrollaremos esta conferencia, inventariando el aporte de los diferentes grupos de inmigrantes que a finales del siglo XIX y principios del XX llegaron a nuestro país, trayendo consigo nuevas lenguas, religiones, ideologías, instituciones, costumbres y estilos de vida, pero también provocando transformaciones radicales en los modos de vida imperantes hasta entonces con la introducción de nuevas tecnologías productivas, medios de transporte y comunicación modernos e impulsando las relaciones capitalistas de producción bajo los patrones empresariales de la época.

*El Siglo XIX y sus transformaciones*⁴

Las décadas finales del siglo XIX, conjuntamente con las décadas iniciales del presente, constituyeron una fase clave en la transformación del planeta en todos los órdenes. Bajo el impulso vigoroso del capitalismo asistimos en esos años a la integración de la economía mundial al incorporarse plenamente a su esfera zonas que habían

* Conferencia dictada por el Lic. José del Castillo el 31 de Julio de 1979 en el Museo del Hombre Dominicano, dentro del ciclo de conferencias "*Raíces de la Cultura Dominicana*".

permanecido relegadas, gracias a la exportación de capitales excedentes desde los países más desarrollados que iban tras la búsqueda de nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados para las manufacturas metropolitanas.

Son los años de la expansión territorial y del surgimiento de un nuevo movimiento colonial de las potencias. Sólo cuatro de ellas (Estados Unidos, Alemania, Japón y Francia) extendieron sus dominios entre 1876 y 1914, en 14 millones de km², o sea, una porción equivalente a una vez y media del territorio europeo, envolviendo 100 millones de habitantes bajo el control colonial. Y si añadimos a la vieja Inglaterra, ella sola poseía 33 millones de km² de territorio colonial y 393 millones de habitantes.⁵

Gracias a la masificación de la producción posibilitada por las tremendas innovaciones en la tecnología industrial y al impulso de las raudas transformaciones en los medios de transporte y comunicación, el comercio mundial creció de manera extraordinaria. De 7.8 billones alcanzados en 1883 remontó a los 20.9 billones en 1913.⁶ Paralelamente los países industriales vieron nacer diversas formas de concentración empresarial, hijas legítimas del proceso esbozado. La lucha por el control de los mercados dio paso a la formación de los trusts y de los cárteles, surgiendo de esta manera una gran parte de las hoy tan debatidas e indudablemente influyentes corporaciones multinacionales, como la Standard Oil de New Jersey (hoy Exxon), la U.S. Steel, la General Electric Co., la American Sugar Refining y otras. Solamente la U.S. Steel y sus compañías afiliadas empleaba en 1902, 168,000 personas.

Uno de los pilares de estas transformaciones fue la metalurgia, que al impulso de las usinas de acero, proporcionó un producto más consistente que el hierro, empleándose en la fabricación de máquinas, herramientas, medios de transporte (barcos, ferrocarriles) y vías de transporte (rieles, puentes). Inglaterra y Estados Unidos capitanearon la "revolución del ferrocarril". El motor de combustión interna y la explotación petrolífera se combinarían para dar origen a nuevas líneas industriales, como la automotriz en los albores de este siglo y la petrolera. La electricidad dio paso a finales de siglo y principios del XX a lo que algunos autores han denominado como la "segunda revolución industrial", aplicándose en el alumbrado de las ciudades y como fuerza motriz, especialmente en sus orígenes en el movimiento de los tranvías y los trenes subterráneos urbanos.

El desarrollo de los medios de transporte se asentaría en el

ferrocarril y los barcos de vapor, y posteriormente en los inicios de este siglo se completaría con el automóvil y la aeronáutica.

Aunque ya en Europa Occidental y en el Este de los Estados Unidos el ferrocarril era una realidad cotidiana antes de 1870, es a partir de esa fecha que se universaliza su uso. La significación que tuvo este hecho puede ser apreciada, para una economía como la dominicana que descansaba en sus comunicaciones internas en las *recuas*, en la circunstancia de que 1 vagón de carga promedio equivalía a la capacidad de 100 burros. Pero la importancia del ferrocarril no puede ser reducida a lo que acabamos de señalar, o sea, a adoptar el transporte de pasajeros y mercancías (acortando el tiempo y proporcionando mayor seguridad). En adición a lo anterior la penetración del ferrocarril tiende a valorizar las zonas agrícolas o vírgenes que transita, como sucedió en el Cibao, al tiempo que posibilita la explotación rentable de grandes extensiones de tierras cañeras, como aconteció en la industria azucarera, dando paso al latifundio cañero y al gran central, como magistralmente lo ha señalado Ramiro Sánchez Guerra en su *Azúcar y Población en las Antillas*.⁷

Por su parte, el barco a vapor se debatió a lo largo del siglo XIX la supremacía de los mares en franca competencia con el *clipper*, el velero más raudo de la época. Los *steam-boats* que remontaban el Mississippi desde New Orleans, eternizados por los relatos de Mark Twain en *Huckleberry Finn* y en *La vida en el Mississippi* y por la magia de Walt Disney que los incorporó a su Disneyworld, proporcionaron la evidencia de la ventaja del vapor en el transporte fluvial.

Pero si el ferrocarril y el barco acelerarían el movimiento de pasajeros y mercancías, el desarrollo de las comunicaciones telegráficas y telefónicas facilitaría los enlaces a larga distancia y con ellos la transmisión instantánea de las noticias, materializando transacciones económicas rápidas, surgiendo así las bolsas del té y el azúcar en Londres y el café y el azúcar en New York, y transformando el planeta en lo que un sociólogo de la comunicación ha denominado "la aldea global", aludiendo con ello a la circulación rápida de las informaciones desde un punto a otro del globo.

La Unión Postal Universal, formada en 1874, haría la correspondencia internacional más barata y más segura. El telégrafo eléctrico se adoptaría en todas partes desde la mitad del siglo XIX, instalándose en 1851 el primer cable submarino Calais—Dover, que uniría a

Inglaterra con el continente europeo. En 1867 se terminaría el cable trasatlántico de 4,000 km que enlazaría el viejo continente con América. En 1874 el cable de Pernambuco vincularía el café brasileño con los mercados mundiales. El teléfono, desarrollado por Bell en 1876, se expandiría en los años finales del 70 y a principios del 80.

Otros medios de comunicación, como la radio, el fonógrafo y el cinematógrafo, completarían el cuadro de las innovaciones en las comunicaciones que el siglo XIX nos legó. El fonógrafo, inventado por Edison paralelamente con el francés Charles Cros en 1877, efectuaría el milagro de registrar la voz humana y el sonido para su perduración y transmisión. Su adopción haría de la música clásica, del vals y de otros giros musicales un verdadero patrimonio universal. El cinematógrafo tendría su primera sesión en el Gran Café del bulevar de las Capucines, en el París de 1895, gracias al ingenio del industrial lionés Louis Lumière, alcanzando difusión comercial a principios del siglo XX. La radio, implementada en 1896, tendría una expansión más generalizada en los inicios de este siglo. Todos estos avances revolucionarían no sólo el mundo de las comunicaciones, sino los hábitos de recreación de la población.⁸

El siglo XIX será el escenario de cambios importantes en el régimen de trabajo y en el movimiento poblacional. Será el siglo de la abolición de la esclavitud y de la trata negrera, del surgimiento de nuevas formas de servidumbre transicionales y de la imposición del trabajo libre. Por su parte, el maquinismo industrial arrancaría a la mujer y al niño del marco del hogar y los envolvería en la vorágine de la factoría, proceso este último magistralmente registrado por Dickens en *Oliver Twist*. En definitiva, será el siglo que marcará la emergencia de un mercado de trabajo de dimensiones universales.

La ciudad, expresando los nuevos patrones de asentamiento poblacional cónsonos con el desarrollo industrial, multiplicará su presencia en el globo. De 44 ciudades de más de 100,000 habitantes que poseía Europa en 1850 y 7 que se hallaban ubicadas en las Américas, se pasaría a 180 y 69, respectivamente, en 1914.⁹

Las migraciones internacionales, con su carga de transculturación y de búsqueda afanosa de nuevos horizontes, revelarán el sentido preciso de los tiempos, configurando un nuevo caleidoscopio de etnias, especialmente en las naciones emergentes. La vieja Europa expulsaba 250,000 emigrantes anuales en 1875, para ascender a 750,000 en 1890 y a más de 2 millones en 1913. Los Estados

Unidos, en cambio, recibirían entre 1860 y 1920 28 millones de extranjeros. Brasil y Argentina atraerían solo en un año (1913) 194 mil y 364 mil, respectivamente. La mayor parte de estos emigrantes se incorporará a la fuerza de trabajo industrial o agrícola, o abrirá en calidad de *pioneer* nuevas rutas de penetración en las inmensas regiones inexploradas de las tierras americanas.

Junto a irlandeses, rusos, campesinos polacos, judíos asediados por los *pogroms*, italianos del sur, españoles y demás grupos nacionales europeos, llegarán a estas tierras otros inmigrantes, especialmente demandados por las economías de plantación que veían menguarse con el avance del siglo sus posibilidades de compra de esclavos o de reclutamiento de libertos. Serán los chinos e indios, contratados bajo una nueva forma de servidumbre temporal y conocidos como *culíes*, quienes arribarían en cientos de miles a la Guayana británica, a Trinidad, Jamaica, Cuba, Perú y otros países.

Los árabes, con su tradicional habilidad comercial, completarían este cuadro de nuevos habitantes de las Américas, movilizándose en los años finales del XIX y al inicio de este siglo.

Dentro del propio continente americano se producían intercambios poblacionales. Chilenos, bolivianos y mexicanos se embarcaron hacia California caldeados por la "fiebre del oro", experiencia vivida y narrada por Vicente Pérez Rosales en su *Recuerdos del Pasado* y recreada por Neruda en *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta*, su única incursión en la dramaturgia. El norte salitrero chileno, acicate de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, se vio poblado de trabajadores bolivianos y peruanos, proceso que inspiró a Luis Advis en su *Cantata de Santa María de Iquique* y llevado a la filmografía latinoamericana por Miguel Littin en su *Actas de Marusia*, mientras la Patagonia argentina atraía chilenos y extranjeros de todos los géneros a la explotación lanera, también motivo de otro film de importancia crucial: *La Patagonia Trágica*. Los trabajos del Canal de Panamá reunían operarios antillanos, al tiempo que las plantaciones bananeras centroamericanas y las obras del ferrocarril concentraban, otro tanto, en lo que Carlos Luis Fallas muestra crudamente en su *Mamita Yunai*.

Al extraordinario desarrollo de las fuerzas materiales de la producción, de las ciencias y las técnicas, correspondió una nueva mentalidad y un sistema de valores equivalentes. El positivismo elaborado por Aguste Comte (1798—1857) preconizó un nuevo reinado, el de la ciencia, que transformaría a la moral y a la política

en actividades normadas por el espíritu positivo, cuyo aliento fundamental consistiría en el descubrimiento de las leyes naturales e inmutables del progreso, tan inevitables como la propia ley de la gravitación universal. Estas leyes impulsaban la dinámica de la sociedad, en constante evolución hacia niveles superiores de organización y de dominio del hombre sobre la naturaleza. Para Comte la nueva era que se alumbraba estaría caracterizada por el predominio de las ideas positivas en el plano intelectual, de la industria en la vida material, asentada en una unidad social que sería la humanidad toda, bajo un orden universal signado por un sentimiento de benevolencia. Este nuevo orden debería “terminar con el estado de crisis” inaugurado por la revolución francesa.¹⁰

Al positivismo comtiano se le añadirían nuevos elementos, especialmente agregados por Herbert Spencer (1820—1903) quien recibiría la influencia del evolucionismo organicista de Charles Darwin e insistiría en un fuerte liberalismo que tendía a limitar la participación del Estado en la conducción del proceso social. Las teorías spencerianas lograron una amplia divulgación, calzando su popularidad con las actitudes de los hombres de empresa y de una parte importante de los sectores medios del mundo occidental, especialmente de sus estratos intelectuales.¹¹

En el plano político el liberalismo sería el signo de la época, con su plataforma de derechos humanos y políticos, de organización constitucional moderna, de libertad económica y competición en los negocios, de clausura de restricciones y privilegios y de limitación de la acción estatal.¹² Ambos, liberalismo y positivismo serían los rasgos ideológicos de un mundo insuflado por un ilimitado optimismo, espoleado por la religión del progreso.¹³ Su traducción práctica se resumiría en la divisa de *Trabajo, Orden y Progreso*, enarbolada por la burguesía, cuya concreción histórica en las décadas finales del siglo XIX pasaría indefectiblemente por la consolidación de regímenes centralistas. Por ello, aunque para muchos pueda resultar una incongruencia a fuerza de asimilar los procesos históricos dentro de un enfoque de evolución unilineal y maniqueo, Ulises Heureaux, Porfirio Díaz y otros dictadores expresaron la aplicación pragmática de los postulados liberales, mediatizándolos en función de la realidad económica y social imperante y de los patrones de la cultura política tradicional heredados.¹⁴

¿Entró la República Dominicana a participar en este movimiento de auge capitalista y de modernidad, que arrojaba el planeta con su influjo? ¿Quedó nuestra sociedad orillada de este proceso, como lo

sugiere Pedro Henríquez Ureña, al significar que él, que había nacido en 1884, lo había hecho en el siglo XVIII? ¿O, lejos de aceptar la interpretación de nuestro gran humanista, nuestra sociedad se incorporó al movimiento de la época, al igual que otras sociedades latinoamericanas, asimilando sus tendencias generales mediante el tamiz de sus propias peculiaridades? ¹⁵

La sociedad dominicana de finales de siglo

El siglo XIX, con su impronta de cambios en todos los órdenes, hará su entrada al escenario dominicano no en el siglo XX, como lo observara Pedro Henríquez Ureña, sino a partir de la década del 70 de aquella centuria.

Ingresaría cabalgando brioso sobre la fuerza de la máquina de vapor aplicada al molino de hierro para extraer el jugo de la caña. Se mostraría en los tachos al vacío para dar punto al azúcar y en las centrífugas para separar las mieles de los cristales. Avanzaría raudo en los caminos de hierro y rompería el monótono silencio de la campiña con el silbido de la locomotora humeante de progreso. Se colaría a través de los hilos del telégrafo y del teléfono y en la extensión de la navegación a vapor. Se expresaría en el fascinante campo de las ideas por vía del positivismo y del liberalismo con su evangelio de trabajo, orden y progreso.

Y en la cresta de este movimiento decimonónico, como carne, músculo y cabeza capitana, se situarían las inmigraciones de empresarios, de intelectuales y profesionales, de pequeños comerciantes y agricultores y de braceros y artesanos, que completarían el cuadro del capitalismo emergente en nuestro país.

Al arribo de la década del 70 del siglo pasado, la sociedad dominicana descansaba en una economía basada en la exportación de maderas preciosas y tintóreas cuya explotación se verificaba en los obrajes de la banda sur y en determinadas zonas costeras del norte del país como Monte Cristi; en la producción de tabaco que había se asentado en el Cibao sobre la base de unidades de explotación familiares sujetas a una estratificada red de comerciantes que tenía en Santiago su principal centro de acopio y en Puerto Plata su puerto de salida hacia Europa (Alemania, a través de Hamburgo); en el funcionamiento de trapiches azucareros y meladores de carácter fundamentalmente familiar que hormigueaban en la geografía cañera tradicional (especialmente en las lomas de Ocoa, en las plenas de Azua, en Baní y San Cristóbal), cuya producción se destinaba al

consumo doméstico y cuyos excedentes engrosaban nuestros renglones de exportación; por el tradicional hato ganadero establecido en las extensas llanuras del Este; y por la producción conuquera orientada a abastecer las necesidades alimentarias de la población.

A este cuadro se añadía un precario desarrollo de las vías de comunicación interiores observado por Hazard y otros extranjeros que recorrieron el país a lomo de mula, vadeando ríos, remontando accidentes montañosos y atravesando por inúmeras peripecias en una aventura que comportaba ciertos riesgos. Esta realidad había configurado una sociedad tremendamente desarticulada por las demarcaciones regionales, reforzada por sus especializaciones productivas y estructuras sociales correspondientes, base natural de los caudillismos regionales y locales, de la inestabilidad política y del precario grado de integración nacional bajo un proyecto que concitara un consenso mayoritario entre la población.

La población dominicana al inicio de la década del 70 era estimada entre 150,000 y 207,000 por los comisionados del gobierno norteamericano que inspeccionaron el país para auscultar las posibilidades de viabilidad del proyecto de anexión de Báez,¹⁶ aunque Abad la había estimado en 252,000 para 1869 y Javier Angulo Guridi la había calculado en 300,000 para 1866,¹⁷ en una proyección a todas luces exagerada. Al margen de las discrepancias que muestran estas figuras, lo cierto es que el país exhibía la más baja densidad poblacional de las antillas, signo elocuente de una azarosa historia de epidemias, devastaciones de pueblos, genocidios, emigraciones masivas y otras catástrofes demográficas que habían diezmando nuestra población a lo largo de su evolución, sin que el contrapeso de las inmigraciones y el crecimiento vegetativo obrare con la fuerza suficiente como para torcer esta tendencia.¹⁸

A pesar de los esfuerzos de poblamiento impulsados por Boyer en la década del 20 con la inmigración de negros libertos norteamericanos que se establecieron en Puerto Plata y Samaná,¹⁹ y de la propia inmigración de haitianos durante el período de ocupación, a un año después de la constitución del Estado dominicano, el periódico *El Dominicano* dedicaba un extenso artículo al problema demográfico y formulaba desde el título la solución: La Inmigración. Obviamente que la suerte del proyecto independentista mismo se perfilaba en las preocupaciones de *El Dominicano*.

El autor del artículo vinculaba directamente el problema demográfico al estado de nuestra agricultura, con lo cual se señalaba el

destino programado a los potenciales inmigrantes. Para el autor "no solo la población de la parte española, ha sido siempre muy ínfima en comparación de su extensión territorial, sino que varias causas han influido en obstruir aun los resultados que respecto a la agricultura eran de esperarse de ese corto número de brazos". Las causas que se estimaban fundamentales resultan sumamente sugestivas y encierran criterios por largos años sostenidos, reiterados por diversos autores y todavía frecuentes en el elenco de premisas de la ideología dominante.

Nuestra agricultura, a juicio de *El Dominicano*, se encontraba en estado deplorable por las siguientes razones:

"En primer lugar no cabe duda que el clima abrasador de la zona que habitamos, enerva las fuerzas y predispone al ocio; desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde se siente una imperiosa necesidad de reposar a la sombra; y es tal el atractivo de ese vicio, que insensiblemente se va extendiendo, hasta que se concluye por descansar todo el día, y cogerle horror al trabajo.

"En segundo lugar, es preciso acusar a la fertilidad del suelo de la holgazanería de nuestros labradores; pues un mes de trabajo les basta para asegurar la subsistencia de un año; existiendo platanales que cuentan con más de un siglo desde su plantación, y probablemente durarán mil años mas sin necesitar mas que un minimo trabajo.

"En tercer lugar, contribuye el clima en otro sentido á favorecer la desaplicación. Es constante que los hombres toman sus necesidades por base de sus desvelos; ¿y cuales son las que sienten en nuestro país? ¿El alimento? ya está dicho con cuanta facilidad se adquiere. ¿El vestido? no habiendo en nuestro clima invierno propiamente dicho, no se necesita proveerse de más ropas que las indispensables para no vivir desnudos; asi es, que unos calzones y una camisa de coleta, cuyo importe no excede de tres ó cuatro pesos basta á nuestros hombres de campo para estar vestidos seis meses, lo mismo en invierno que en estío. ¿y se creará muy fácil inclinar á trabajar diez ó doce horas diarias á unos hombres que sin eso, comen, visten y se alojan?"²⁰

La panacea inmigratoria

Los esfuerzos por atraer población desde el exterior se plasmaron en medidas legislativas y en planes oficiales y privados de inmigra-

ción. El problema migratorio aguijoneó la pluma de nuestros más connotados intelectuales y hombres públicos. Desde Bonó, Espaillat, Billini, Hostos, Luperón y otras figuras decimonónicas hasta José Ramón López, Tulio Cesteros, Francisco J. Peynado, Peña Batlle y Balaguer, marcan una constante cardinal del pensamiento social dominicano.

En el plano de las iniciativas oficiales el problema inmigratorio atrajo la atención prioritaria de los gobernantes dominicanos desde los años iniciales de la Primera República. Ya en 1847 se promulgaba una ley de inmigración en razón "de la gran escasez de habitantes". En el 52 Báez propicia una legislación similar. Más adelante, en 1867, el gobierno de Cabral produce una ley sobre empresas agrícolas, colonización e inmigración. En el 76 el gobierno de Espaillat concede el disfrute gratuito de los terrenos del Estado a los inmigrantes. En 1879 el Poder Ejecutivo decretaba la concesión de determinadas exenciones a "todo inmigrante que venga al país contratado por algún propietario de fincas rurales, o por compañías creadas al efecto". Ese mismo año, el Congreso aprobó una ley de inmigración, en la cual el gobierno se obligaba por una sola vez a cubrir los gastos de viaje de los inmigrantes en que incurriera el contratista. Esta ley fue dejada sin efecto por el gobierno provisional de Horacio Vásquez, en 1902, por estimarse que las franquicias acordadas habían dado origen a abusos que perjudicaban al fisco.

Tres años más tarde, en 1905, el gobierno de Morales Languasco emitiría una resolución que reglamentaba la inmigración, siendo derogada por el Congreso seis meses después. No sería sino en 1912 que se establecería una nueva ley de inmigración que contenía cláusulas restrictivas para los "naturales de las colonias europeas en América" (entiéndase cocolos), "los de Asia, los de Africa y los de Oceanía, así como los braceros de otra raza que no sea la caucasiana". Posteriormente esta legislación sería enriquecida por el gobierno de ocupación norteamericano y por el régimen de Trujillo.²¹

Los planes de inmigración corrieron parejos con el movimiento legislativo. Ya en 1851 el Congreso Nacional autorizaba al Presidente Báez para concertar un préstamo de 2 millones, parte de cuya suma debía destinarse a "facilitar la entrada de extranjeros agricultores". En el 60 el Estado concertó un contrato con el empresario Manuel Pereira para traer familias canarias, formándose Juntas de Inmigración en las cabeceras de provincia y en Samaná y Puerto Plata. En 1884, bajo la regencia de Billini, se impulsó un proyecto para familias

canarias mediante contrato con el empresario de inmigración Andrés Sosvilla y González²². Ambos proyectos alcanzaron precarios resultados, llegando al país algunos puñados de inmigrantes. Antes, en 1882, Gregorio Luperón había desplegado esfuerzos en París para encaminar hacia el país “a las tribus perseguidas en Rusia y Alemania”. Se trataba de un proyecto de inmigración judía que contaba con el visto bueno de la Alliance Israélite Universelle y la oferta de financiamiento de los barones de Rothschild y cuya suerte fue el fracaso.²³

Otro proyecto que corrió una suerte similar a los anteriores fue el de Leonte Vásquez, quien obtuvo en 1891 concesión del Estado para establecer una colonia de inmigrantes en San José de Ocoa. Con mejor destino que Vásquez, la razón social Montandon, Descombes y Co. estableció en 1888 una pequeña colonia de europeos en Sabana de la Mar, con la finalidad de fomentar la explotación cacaotera, fundando para ello la finca La Evolución.

A pesar de que el Estado reservó fondos para el fomento de la inmigración en diversas ocasiones, como en 1884 cuando se especializó para tales fines el 30% de las recaudaciones por concepto de exportaciones —medida que apenas tuvo vigencia por un mes—, como en 1891 cuando se hizo otro tanto con el 5% de los ingresos municipales, a excepción del pago de patente y en 1901 cuando se aprobó lo mismo con el 30% de los proventos generados por la aduana de La Romana, los esfuerzos por atraer población bajo su aliento fueron prácticamente infructuosos.

Sin embargo, las urgencias inmigratorias del país continuaron, llegándose en 1883 a proponerse la importación de *culíes* indios a través de la Sociedad de Emigración India de Guadalupe, y posteriormente el reclutamiento de indios yucatecos y americanos como braceros.

El propósito fundamental que animó a la mayor parte de los proyectos de inmigración fue la colonización de las tierras incultas, que constituían un recurso abundante. Devinieron así indisolubles inmigración y colonización, como los ingredientes sustantivos de una política de doble sentido: poblamiento selectivo en el plano racial —preferentemente de extracción caucásica— y fomento de la agricultura, a través de una fuerza de trabajo dotada de calificación técnica, capaz de modernizar los métodos tradicionales empleados por nuestros agricultores. En este último aspecto, se pretendía que cada colonia agrícola fuese un vivero que difundiera los más

avanzados aportes de la ciencia al campo de la tecnología agrícola entre los campesinos radicados en su periferia.

Asociados a los propósitos reseñados, se encontraban objetivos que aludían a las características ideales que debían tipificar a tal género de inmigrantes. Así, junto a los aportes que se derivarían de la raza y la calificación técnica, se inscribían otros rasgos de importancia: el hábito del ahorro, el espíritu de empresa, la disciplina social, especialmente manifiesta en la regularidad y racionalidad puestas en la ejecución de las faenas cotidianas. Como puede observarse, trátase de un agricultor motorizado por una ética y unos hábitos asociados al capitalismo en su fase concurrencial.

Otro factor que generaba estos proyectos tenía relación con el propósito de atraer capitales hacia el país. A cada inmigrante se le suponía la posesión de una cuota de capital que, aunque modesta, dada la magnitud de personas a ser movilizadas, su sumatoria traduciría un volumen de capital estimable.

Estas ideas, aunque generalizadas en los autores de la época, cobraron una formulación coherente en el pensamiento de Eugenio María de Hostos, cuyo apostolado cívico ejerció un influjo tremendo en la élite intelectual del país. Para Hostos la inmigración era “el problema de los problemas y el medio de los medios, porque es el único que puede resolverlos todos”. Dentro de su concepción, se trataba de atraer “familias organizadas”, “agentes económicos e instrumentos industriales de primer orden por el principio de organización que consigo traen”. Estas familias serían asentadas en colonias cuyo sello debía ser radicalmente distinto al colonato azucarero, o sea, a la reunión “alrededor de un capitalista, propietario de un terreno y dueño de un ingenio mecánico, de unos cuantos poseedores de dos o tres mil pesos fuertes que pagando el trabajo muscular de algunos braceros, produzcan caña para el Ingenio, la vendan a precio impuesto, ganen unos cuantos miles de pesos en unos cuantos años y al cabo de ellos pierdan todo derecho al terreno que han creado como valor económico”. A diferencia de este modelo, Hostos estimaba que “se coloniza para cultivar a la par el suelo y el hombre”, con lo cual sintetizaba el sentido civilizador de su propuesta.²⁴

A pesar de los esfuerzos desplegados, el país no era punto de referencia importante de los grandes movimientos migratorios internacionales provenientes del viejo continente. Como habíamos visto, otros polos de atracción imantaban los grandes flujos de pobladores

Europeos. Bajo estas circunstancias, fueron otros los patrones inmigratorios que se impusieron en nuestro país, dinamizados por las plantaciones azucareras y por otras actividades agrícolas de exportación, así como por factores políticos de expulsión que se operaron en Cuba y en Puerto Rico.

Los grupos de inmigrantes

Entremos de lleno en el análisis de los grupos de inmigrantes que realmente llegaron al país en las décadas finales del siglo XIX y en los inicios del XX.

Un registro de extranjeros mandado a realizar por el Ministerio de Interior y Policía en 1882 nos ha permitido realizar un cómputo de los principales grupos de inmigrantes radicados en el país para esa época, aunque hasta el momento sólo hemos podido localizar los legajos correspondientes a la Provincia de Santo Domingo (que en esa relación incluía a San Cristóbal, Palenque, Baní y San José de Ocoa),²⁵ a la de Azua, al Seibo y a los distritos marítimos de San Pedro de Macorís y Puerto Plata, faltándonos los legajos de las provincias de Santiago y La Vega, y de los distritos de Samaná, Monte Cristi y Barahona, para redondear la presencia extranjera en todo el país. Sin embargo, como se dice popularmente, a falta de pan, casabe.

Puerto Plata encabezaba a los centros computados, con 1038 extranjeros sobre un total de 1953, o sea, con el 53%, seguido de Santo Domingo, con 773 que representaban el 40%. Debajo se hallaba el Seibo, con 82, San Pedro con 65 y Azua con 27.

Los grupos más importantes, por nacionalidades, eran los españoles, con 847, o sea el 43%, los ingleses, con 379, es decir el 20% los holandeses con 215 (11%), los daneses con 117, los norteamericanos con 109, los italianos con 82, los franceses con 78, los venezolanos con 34 y los alemanes con 33. Sin embargo, estas cifras deben ser sometidas a examen pues ellas envuelven una realidad mucho más compleja. Desgraciadamente, sólo en Puerto Plata las autoridades se ocuparon de especificar los lugares de origen de cada persona empadronada bajo una nacionalidad determinada.

Procediendo a desglosar los datos anteriores podemos encontrar que de 408 ciudadanos españoles registrados en Puerto Plata sólo 58 eran peninsulares y 2 canarios, siendo 301 cubanos y 46 puertorriqueños. En el caso de Santo Domingo, aunque no se procedió a

tomar la precaución de los puertoplateños, el repaso de la lista de nombres nos permite detectar una elevada proporción de cubanos y puertorriqueños empadronados como españoles como Juan Amechazurra, Juan Fernández de Castro y Juan Serrallés, entre otros. Y este hecho se corresponde con la circunstancia de que Puerto Plata, Santo Domingo y Santiago fueron los principales centros de recepción de la inmigración cubana y puertorriqueña que arribó al país a raíz de la guerra de los 10 años de Cuba (1868—78).

El segundo grupo nacional de importancia, el de los ingleses, también ofrece una realidad más diversa. De los 379 totalizados, sólo en Puerto Plata 332 eran oriundos de las antillas británicas, especialmente de las islas Turcas, sin contar con otros cocolos radicados en los demás centros del país.

Con los daneses sucedía otro tanto. De 117 en total 92 de los radicados en Puerto Plata procedían de St. Thomas, St. Croix y St. John.

Los holandeses, a su vez, provenían de Curazao y se hallaban integrados por dos grupos nítidamente diferenciados: el de los judíos sefarditas dedicados a actividades comerciales y financieras y el de los hombres de color especializados en oficios artesanales y probablemente en trabajos dentro de la industria azucarera. En el primer grupo figuran apellidos tales como de Marchena, Coen, Leyba, Henríquez, entre otros, y su radicación en el país databa de antiguo, mientras en el segundo aparecen apellidos como Sillie, Mangual, Prince, Leyte.

Entre los norteamericanos, especialmente entre aquellos establecidos en Puerto Plata, se hallaba un grupo de negros pertenecientes o descendientes del contingente de libertos norteamericanos asentados por Boyer en la década del 20. Otros que figuran como norteamericanos son algunos cubanos vinculados a las actividades empresariales azucareras, tales como Joaquín M. Delgado, los de Lamar, entre otros.

Conocida la distribución de los diferentes grupos nacionales y hechas las aclaraciones pertinentes sobre sus lugares de procedencia, nos toca ahora pasar a estudiar las características que estas migraciones tuvieron y su aporte a la cultura dominicana. Para ello procederemos a clasificar estos grupos nacionales de conformidad con la ubicación de sus principales líneas de actividad.

La inmigración empresarial

Como todos Uds. saben en la década del 70 del siglo pasado, como consecuencia de la combinación de una coyuntura internacional favorable (guerra cubana, afectando al principal exportador de azúcar de caña, guerra franco—alemana de 1870, ambos países los mayores productores de azúcar de remolacha y la guerra civil norteamericana y sus efectos sobre las plantaciones de la Louisiana) y de la cristalización de las condiciones internas adecuadas (la terminación de la segunda guerra dominicana de independencia), surgió en la República Dominicana la industria azucarera moderna.

Este renacer del espíritu empresarial fue saludado con loas entusiásticas al trabajo, al progreso y a la paz necesaria para que el bienestar previsto fuera duradero. Recogiendo en sus páginas este nuevo clima el periódico más influyente de Santo Domingo definía aquellos días como de “verdadera alboroscencia del porvenir”, mientras un miembro anónimo de la Sociedad Amigos del País afirmaba enfáticamente que eran “muchos los dominicanos que no quisieran oír más *clarines* que los pitos de las locomotoras ni más cañones que aquellos que disparan hasta Nueva York *balas* de veinte quintales” (de azúcar).²⁶

Así las cosas, la provincia de Santo Domingo vio producirse en sus tierras el paso del bosque virgen o de la llanura de pastos al campo simétricamente sembrado de caña alrededor de los ingenios azucareros. Igual fenómeno se contemplaría en Azua, Baní, Ocoa, Puerto Plata, Samaná y San Pedro de Macorís, que se convertiría con el correr de los años en el más fabuloso centro azucarero del país.

Junto a los ingenios vino al país la instalación de las primeras vías férreas y con ellos la locomotora y los carros ferrocarrileros, así como los puentes de hierro. Entre las primeras instalaciones telefónicas figuran las que se hicieron en esos establecimientos industriales situados en torno a la ciudad de Santo Domingo.

La instalación de los ingenios supuso la incorporación a la sociedad dominicana de una vasta gama de equipos industriales y accesorios nunca antes vistos, que la conectaban con parte de la tecnología que el siglo XIX había producido en los países más avanzados. Integraba a nuestro medio una concepción empresarial moderna, propia del capitalismo, guiada por los principios de racionalidad y maximización de utilidades. Transformaba las relaciones sociales, especialmente el régimen de trabajo, y generaba

nuevos grupos sociales importantes. Cambiaba los patrones de concentración de la población, convirtiendo zonas en extremo despobladas como Macorís, La Romana posteriormente, en centros urbanos de importancia y cosmopolitismo, sacudiendo a la propia colonial y amurallada capital de su modorra multicientenaria.

Los dominicanos de entonces no fueron extraños a los aportes que se derivaban de los ingenios. Cuando Carlos F. Loynaz, cubano, instaló en 1872 en San Marcos, Puerto Plata, el primer ingenio movido a vapor, la prensa de aquella localidad reseñaba con admiración: "Hoy hemos presenciado la prueba decisiva en su ingenio 'La Isabel'. En menos de media hora la caña acabada de cortar, y desmenuzada por el trapiche, enviaba su jugo a los tachos donde hervía inundando el aire con los sabrosos vapores del guarapo; una hora después pasaba por la centrífuga, y en brillante polvo endulzaba el café de nuestro almuerzo".²⁷

Con un desborde de entusiasmo la prensa capitalena celebrada la llegada de la máquina de vapor que se instalaría en el ingenio *La Encarnación*, fomentado por el dominicano Francisco Saviñón, sugiriendo que con ello se abría una nueva era de trabajo que liquidaría las montoneras revolucionarias. Veamos: "En lo que podemos llamar la procesión industrial que conducía la caldera, colocada en dos carros tirados de tres hermosas parejas de bueyes, natural era que atrajera la atención esa mole monumental i que se considerasen los esfuerzos titánicos empleados en su colocación. Pero había algo más que atrajo más poderosa i justamente la atención: eran los individuos que la custodiaban, que dirigían los trabajos y que trabajaban ellos mismos casi como peones i bueyeros. Estos individuos eran el señor Felix M. Lluveres i sus hijos Pedro, Felito y Francisco. Todos representaban una rejección fecunda, una esperanza halagadora, por la circunstancia de haber sido hasta ayer hombres decididamente entregados a la estéril faena de nuestra miserable política de partidos. De héroes de campamentos han pasado a ser héroes del trabajo, héroes de la industria; de elementos destructores se han transformado en elementos de producción, de paz y de progreso".²⁸

Otro cambio aparejado con la industria azucarera lo fue la movilización de los campesinos conuqueros hacia los ingenios, tras la búsqueda del salario temporal, atractivo en ese entonces. Una parte apreciable de campesinos circundantes a los ingenios, así como flujos migratorios internos, especialmente desde Azua hacia Santo Domingo y Macorís y también desde El Seybo hacia este último centro, fueron

involucrados en este proceso. Las voces de Hostos y Bonó se levantaron advirtiendo contra el abandono relativo de los conucos y la consiguiente carestía de los alimentos de producción doméstica que este movimiento suponía, así como contra el desposeimiento y proletarización del campesino, estos últimos exagerados por dichos autores.

El régimen de tierras sufrió modificaciones importantes, al iniciarse un proceso progresivo de descomposición de la propiedad comunera, indispensable paso en el imperio de las relaciones capitalistas en la agricultura, las cuales requieren de claros títulos de propiedad amparados en las mensuras correspondientes. Este proceso duraría varias décadas y cristalizaría definitivamente con la implantación del sistema Torrens durante la ocupación norteamericana.

Todo este proceso de auge capitalista nucleado en torno a la industria azucarera fue impulsado por empresarios cubanos, norteamericanos, ingleses, franceses, alemanes, puertorriqueños, italianos y dominicanos. La aportación fundamental de estos empresarios consistió en el levantamiento de lo que es hoy todavía nuestra principal industria, una parte mayoritaria de cuyo parque fue emplazada por ellos, abriendo la brecha a transformaciones sustanciales en todos los órdenes.

La mayor parte de los empresarios fundadores de ingenios en el país fueron cubanos o provenían de Cuba, donde habían estado ligados a la industria azucarera. Así tenemos a Joaquín M. Delgado, cubano, quien levantó el ingenio *La Esperanza* en 1875 en la común de San Carlos. Otro compatriota suyo, Evaristo de Lamar, fundó en 1876 en la misma demarcación, el ingenio *La Caridad*, en las inmediaciones de lo que es hoy el barrio Simón Bolívar, mientras el mecánico azucarero matancero Juan Amechazurra fomentaba en el sitio denominado El Higo sobre unas 10,000 tareas de montes vírgenes el ingenio *Angelina*, en las cercanías de una aldea definida por el propio Amechazurra como de "cuatro bohíos de yaguas" con una "iglesia de aspecto indefinible" de la cual "en la misma capital no se sabía más, sino que producía buenos cocos y buenos plátanos",²⁹ aludiendo a Macorís. De acuerdo con Juan J. Sánchez, el empresario cubano debió "instruir a los jornaleros dominicanos de que tenía que servirse, haciéndolos capaces de practicar lo mejor posible las labores del campo, redoblando sus cuidados en adiestrarlos para los trabajos del ingenio".³⁰

El comerciante bostoniano William Read, radicado desde 1846 en

el país, estableció en Sabana Grande de Palenque el ingenio *Las Damas* en 1877, en lo que hoy son terrenos de potrero de los Vicini integrados al *Caei*. El también norteamericano Santiago Mellor fundaría dos años más tarde el ingenio *Porvenir*, provisto de maquinaria de triple efecto, siendo el más avanzado tecnológicamente hablando de los instalados hasta ese entonces.

Este movimiento seguiría en 1880 con la incorporación de *La Fe* al universo azucarero de la provincia de Santo Domingo, fomentado por la razón social J.E. Hatton & Ca., integrada por el británico Joseph Eleuterio Hatton y los norteamericanos Alexander Bass y Carlos y Juan Clark, en lo que es hoy el ensanche La Fe. Todos ellos provenían de Cuba, vinculados a los negocios azucareros. La Sra. Dolores Valera de Lamar, cubana, fomentó en 1881 el ingenio *Dolores*, en la Sabana Grande de Santo Domingo, establecimiento que aparentemente se integró ese mismo año al *Stella*, bajo la regencia del norteamericano Geo Stokes.

Para esa misma época las tierras de Pajarito verían levantarse varios ingenios en sus inmediaciones. Los hermanos Cambiaso, comerciantes italianos radicados por largo tiempo en el país, se asociarían a Augusto Cisneros para fomentar el ingenio *San Luis*, hoy *Ozama*, al tiempo que Ricardo Hatton, inglés hijo de Joseph Eleuterio, y Mariano Hernández, hacendado cubano, fundaban *San Isidro Labrador*, en los alrededores de lo que es hoy la base aérea. Otro tanto hacía el ingeniero mecánico cubano Fermín Delmonte, fundando *Jainamosa*, en lo que muchos años después sería finca de don Augusto Chotin y cuyos cañaverales pasarían al hoy *Ozama*. Por su parte, la empresa francesa Societé des Sucreries de Saint Domingue instalaría el ingenio *La Francia*, justo donde hoy se halla Molinos Dóminicanos.

Alexander Bass y el empresario alemán Frederick Von Krosigh, también procedente de Cuba, fundarían *La Duquesa* en tierras del Higüero, en Sabana Grande de Santo Domingo y en San Carlos, justo donde hoy se halla la colonia del mismo nombre del ingenio *Río Haina* y un asentamiento del IAD.

La razón social Padró, Solaun & Cia., formada por cubanos, fundó en Macorís, en 1882, el ingenio *Consuelo*, que con el tiempo derivaría en el más moderno de la región, bajo la administración y propiedad del dinámico empresario norteamericano William L. Bass, hijo de Alexander. Las iniciativas de Bass fueron saludadas en los inicios de la década del 90 por el *Eco de la Opinión*, señalando que

“hombres de este temple, y capitales como el de William Bass, es lo que necesita el pueblo dominicano para encumbrarse. Negocios de esta índole vengan a cada paso, y nos salvaremos por la RAZON del trabajo o por la FUERZA del capital invertido”.³¹

Bass fomentó el sistema del colonato, dando 75 libras de azúcar por cada tonelada de caña entregada por el colono. Amplió la capacidad productiva de *Consuelo*, con la finalidad de ganar el puesto de vanguardia que ocupaba *Santa Fe*, y extendió las redes ferroviarias y el número de locomotoras y carros. El batey del ingenio contaba con 70 viviendas para peones, una para los empleados y vivienda del Administrador. Poseía comunicación telefónica, embarcadero propio en el río Maguá, vaporcito y lanchones. Empleaba 800 jornaleros en tiempo de zafra y tenía “el mercado más concurrido y más abastecido aun que el de la misma ciudad”, de acuerdo con Sánchez.³²

Consuelo editó su propio periódico, *The Hawk*, dedicado a suministrar “un informe diario del movimiento progresivo de aquella hacienda; no dejando de salpimentar sus columnas, ora con interesantes anécdotas, ora con sueltos humorísticos referentes a los jefes y empleados del mismo Ingenio, o ya reproduciendo escogidos recortes de literatura y de los inventos de la época”³³ Debo señalar que Bass fue inspirado poeta, y en la Library of Congress de Washington pude leer sus poemarios, así como apreciar sus mordaces caricaturas contra el Sugar Trust de los Estados Unidos, contra el cual desplegó una frenética campaña de cabildeo en el Congreso. Bass, a su vez, fue avezado experto en tecnología azucarera, patentando en el país varios de sus inventos, como el “Rectificador de Guarapo”, así como modificaciones a los carros de caña, y escribiendo varias obras sobre la materia. Igualmente dirigió la Pioneer Iron Works, heredada de su padre, empresa dedicada a la fabricación de equipo industrial para ingenios.

En 1882 el empresario cubano Juan Fernández de Castro fomentó el ingenio *Cristóbal Colón*, siendo señalado por la prensa como una “de las grandes empresas industriales”, caracterizada por “la asociación de varios capitales, cultivo y elaboración en grande escala, aparatos mecánicos perfeccionados, ferrocarril fijo i portátil para el servicio de la finca”³⁴ El mismo Fernández de Castro fomentaría en los inicios de la década del 90 el ingenio *Quisqueya*.

Santa Fe sería fomentado en 1882 por la razón social Vásquez, Rousset & Cía., de la cual era socio el francés Augusto Rousset. Este

ingenio pasaría posteriormente a manos del cubano Salvador Ross, cuyas relaciones con la comunidad petromacorisana se expresaron en la construcción del parque Salvador, sito frente a la iglesia católica, en la donación del reloj ubicado en la torre de dicho templo, en la extinción de las “antiguas y pestilentes ciénagas, que tantas fiebres palúdicas enjendraban en esta ciudad”,³⁵ en la adquisición de una bomba contra incendio, y en innúmeras obras que llevaron al Ayuntamiento a otorgarle, en acto solemne en el cual se reconocía también a Juan Amechazurra, una medalla de Gracitud.³⁶

Para la misma época fundacional, el puertorriqueño Juan Serrallés estableció el ingenio *Puerto Rico*, en el sitio denominado Las Cabuyas en las tierras que anteceden al nuevo puente de Macorís. Al mismo tiempo, la razón social Lithgow Brothers fomentaba en Puerto Plata el ingenio *San Marcos*, patentada por el inglés Bryer, consistente en la fabricación de lo que se llamó *concreto*: una masa compacta que integraba un 60% de azúcar y un 40% de mieles, su instalación fue saludada con entusiasmo por los puertoplateños, quienes se admiraban de sus “edificios de hierro”, su “majestuosa chimenea”, su vía férrea que iba del ingenio al puerto y especialmente las dos locomotoras llegadas en 1883 y bautizadas como *Puerto Plata* y *San Marcos*. Al entrar en funcionamiento esta última, el 18 de agosto de ese año, de acuerdo con la apreciación de la prensa puertoplateña, “funcionó por primera vez en el país un tren de ferrocarril”.³⁷ Esta apreciación compatibilizada en parte con el hecho de que será a partir de 1884 que los ingenios de la provincia de Santo Domingo iniciarían la instalación del transporte ferroviario, jugando un papel destacado el ingeniero francés H. Thomasset, quien a la sazón era representante exclusivo de los “caminos de hierro Decauville”, emplazándose las primeras líneas en los ingenios *La Fe* y *Esperanza*.³⁸ En igual sentido, *Cristóbal Colón* puso a funcionar sus equipos ferroviarios en noviembre del 83, acontecimiento reseñado por la prensa de la siguiente manera: “En San Pedro de Macorís silbó la locomotora en los ensayos del ferrocarril instalado en la finca (reina de todas) ‘Colón’ de Don Juan de Castro”.³⁹ También en Puerto Plata, Miguel Andrés Peralta y Eduardo Hachtman habían fomentado desde 1879 el ingenio *La Industria*, que luego se llamaría *Las Mercedes*, bajo un esquema tecnológico híbrido que incorporaba unidades de la era industrial a un sistema todavía manufacturero.

Italia, hoy *Caei* fue el único ingenio fomentado directamente por quien concentrara en el siglo pasado el mayor número de establecimientos azucareros: Juan Bautista Vicini. Iniciados sus trabajos en 1882 en el lugar denominado Caoba Corcovada, estos se vieron

afectados por la tormenta de San Germán, ocurrida al año siguiente, al ocasionar una de las mayores crecidas del Nizao. Vicini estableció un sistema mixto, consistente en abastecerse de cañas de colonato y del propio ingenio (lo que hoy se llama "caña de administración"). El equipo industrial fue fabricado en Francia por Fives—Lille, ocupándose de su instalación "ingenieros, mecánicos y obreros" llegados de ese país. Parte importante de esos equipos todavía se hallan funcionando. Desde sus inicios estuvo dotado de ferrocarril, entrando este en funcionamiento en marzo de 1883 y llegando hasta Palenque, puerto de embarque de sus azúcares. Anexo al ingenio operó un alambique Savalle, destinado a la fabricación de ron y varios tipos de alcoholes.

Muchos otros ingenios fueron fundados por inmigrantes, así como por dominicanos. Al mismo tiempo, empresarios extranjeros siguieron vinculados a la industria azucarera en sus diversas fases de desarrollo. La estructura social que fue cuajando en la plantación azucarera todavía conserva rasgos inmutables, especialmente en lo que respecta al régimen de trabajo, a la polarización de las formas de vida que se expresan en el habitat del batey preñado de hacina-miento, insalubridad, desnutrición y bajos niveles de escolaridad frente al habitat de los altos empleados y ejecutivos que se muestra como una réplica de bonanza fortificada. Estos temas han sido plasmados magistralmente en la literatura dominicana por Marrero Aristy en su *Over*, por Pedro Mir en su poemario *Hay un país en el mundo* y por Bosch en algunos de sus cuentos (*Luis Pie*, *La Nochebuena de Encarnación Mendoza*, entre otros).

El espíritu de empresa no se detuvo en los ingenios. El país vio surgir otras explotaciones agrícolas en gran escala, como la del guineo en Puerto Plata, la del cacao en Samaná, entre otros.

En el plano industrial y manufacturero los principales centros urbanos del país experimentaron un auge importante en la producción de chocolate, en la fabricación de cigarros y cigarrillos, en la elaboración de rones y alcoholes, en la fabricación de cerveza, de jabones y velas, fósforos, pastas alimenticias, tejas y ladrillos y otras líneas que se han conservado como parte del patrimonio productivo dominicano y al cual los empresarios inmigrantes contribuyeron poderosamente con sus iniciativas.

En la minería se esbozaron algunos proyectos y se llegó a promover a San Cristóbal en artículos de prensa como "La Futura

California Dominicana”, pero todos ellos quedaron en la fase de promoción.

La compañía francesa de telégrafos submarinos, mejor conocida como el Cable Francés inició en 1884 los trabajos para la instalación de la red telegráfica en el país, “bajo la dirección de un francés”. De acuerdo con Hoetink, al año siguiente funcionaban en Puerto Plata y Santo Domingo escuelas de “telegrafía práctica”. En los años siguientes la red telegráfica se fue extendiendo por el país, uniendo a los principales centros urbanos (Sánchez—La Vega, 1887; Monte Cristi, 1890; San Pedro de Macorís, 1895; Azua, 1898). La importancia del telégrafo se reveló no sólo en el mundo de los negocios, para realizar transacciones rápidas, sino que alcanzó especial significación política, como medio de control, motivo por el cual Heureaux confeccionó un Código Telegráfico para las comunicaciones oficiales que constituye un brillante catálogo de maquiavelismo político.⁴⁰

En cuanto al teléfono ya en 1886 funcionaba en Santo Domingo y se realizaban trabajos ese año para enlazar a los ingenios azucareros circundantes con la capital. El *Eco de la Opinión* ponderaba las ventajas de esta innovación indicando:

*La comunicación con los ingenios de caña de los alrededores de la Capital es preciosa; para los dueños o empresarios de ellos, por cuanto están al tanto de lo que ellos pasa y pueden ser prevenidos a tiempo de cualquier otro accidente en la finca; para los comerciantes, porque de momento pueden realizar una transacción ventajosa, &; para los particulares, empleados en esos establecimientos, porque pueden comunicarse i tener momentos de grata expansión con su familia i amigos en los tristes i monótonos ratos que luego abruma en la soledad del campo; i finalmente, por la autoridad, que por esos hilos estará en aptitud de velar mejor por la seguridad pública”.*⁴¹ Ya en 1888 se hallaban instalados en Santo Domingo unos 46 aparatos telefónicos, de acuerdo con un directorio publicado por la prensa.⁴²

La mayor parte de los proyectos de ferrocarriles fue iniciativa de empresarios extranjeros o del Gobierno de Heureaux en asociación con empresarios extranjeros, casi todos ellos británicos y norteamericanos. Aunque las primeras concesiones fueron realizadas al final de la década del 60, no sería sino entre 1879 y 1880 que se iniciarían los trabajos para su construcción.

En 1887 entró en funcionamiento el ferrocarril Sánchez—La

Vega, que abrió una nueva vía a las exportaciones cibañas, prácticamente monopolizadas por Puerto Plata. Federico García Godoy nos describe los trabajos de instalación, indicándonos que “bajo la dirección de entendidos ingenieros ocúpense en estos momentos cerca de doscientos hombres en colocar rieles y construir puentes, y más de mil trescientos en el arreglo de terraplenes y en abrir la trocha”. Para García Godoy el ferrocarril valorizaría las tierras aledañas, atraería inmigración laboriosa y convertiría a La Vega en un centro clave del Cibao.⁴³ Pero también Sánchez se convertiría en un punto de importancia. Ya en ese mismo Hoetink señala que “este pueblo fangoso quedó dividido en una sección cercada con las casas de la Compañía”, (se refiere a la Compañía Escocesa, a cargo del ferrocarril) “y el resto, donde (...) unos 200 pioneros estaban probando suerte; la cuarta parte de ellos eran dominicanos, otra cuarta parte europeos, y la mitad inmigrantes de las Islas Vírgenes, Las Turcas y Curazao”.⁴⁴ En 1895 San Francisco de Macorís quedaría conectado a esta red y en 1909 Salcedo.

El Ferrocarril Central Dominicano unió en 1897 a Puerto Plata y a Santiago, acelerando los vínculos que tradicionalmente unían a estas dos ciudades, ampliándose en 1909, con su ramal Moca—La Vega.

Inmigración de comerciantes: alemanes, italianos, españoles, judíos y árabes

Una parte apreciable de las actividades comerciales, especialmente del comercio de exportación e importación, se hallaba en manos de inmigrantes establecidos en el país. Ellos introdujeron prácticas más agresivas en los negocios, conexiones con casas del exterior y en algunos casos sirvieron de factor de presión para la mayoría de la calidad de nuestros frutos de exportación.

Los alemanes se habían hecho fuertes en el negocio tabaquero y formaron un grupo de importancia en Puerto Plata, desde donde se remitía hacia Hamburgo la hoja cibaña. Un cronista de la época revela que en 1884 había “encontrado en un camino más de veinte i cinco viajeros de esa nacionalidad haciendo todos excelentes negocios”.⁴⁵ En San Pedro de Macorís algunos comerciantes alemanes refaccionaban a los colonos y se dedicaban a comprar azúcar para exportación, al tiempo que mantenían casas de importación de mercancías, como fue el caso de Elhers Friedheim, quien fomentó él mismo colonias de caña. En Monte Cristi los comerciantes alemanes tenían una tradición que sólo sería disminuida durante la primera

guerra mundial por las medidas que contra ellos tomó el gobierno de Ocupación.

Los italianos se establecieron en el comercio capitaleño, en Puerto Plata, en San Pedro, en Azua, entre otros puntos, logrando destacada influencia en la sociedad dominicana. Juan Bautista Vicini y los Cambiaso representan los casos más destacados. Vicini llegó a incursionar en todo tipo de negocios, siendo uno de los mayores exportadores de frutos del país, importador de mercancías, prestamista de primer orden, siendo el Estado uno de sus principales deudores, dueño de embarcaciones de cabotaje, concesionario de muelles y enramadas, casateniente, fabricante de ron y alcoholes, llegando a controlar más de 10 ingenios a finales de siglo. Su influencia política se evidencia en las estrechas relaciones que mantuvo con Heureaux durante el prolongado ejercicio gubernativo de éste.

Los italianos, en sentido general, se integraron plenamente a la sociedad dominicana, siendo común su matrimonio con dominicanas y su participación en las actividades religiosas, en clubes sociales etc.

Los españoles peninsulares ocuparon una posición importante en el comercio mayorista de importación, tradición que se ha conservado hasta nuestros días. En Santiago los comisionados norteamericanos que visitaron el país en 1871 los incluyeron entre "los comerciantes más prósperos".⁴⁶ En Puerto Plata la casa del comerciante catalán Cosme Batlle llegó a ser una de las más relevantes en el comercio de importación y exportación y como prestamista del Estado, alcanzando notoriedad sus estrechas vinculaciones con el Presidente Heureaux. En San Pedro de Macorís José Armenteros, quien arribara a esa ciudad en 1897, fundó en 1903 la casa José Armenteros & Compañía, una de las más prósperas del comercio petromacorísano, incursionando posteriormente en actividades industriales, como la fabricación de jabón y velas esteáricas, junto a su connacional César Iglesias, habiéndose conservado y ensanchado ambas empresas. Otro caso lo brinda Juan Parra Alba, quien se destacó por la multiplicidad de iniciativas empresariales, figurando en 1907 en el *Directorio* de Deschamps como licorista en San Pedro de Macorís, mientras poseía una fábrica de fósforos, una de chocolate, una de hielo, una licorería y una moderna panadería en Santo Domingo.⁴⁷

Los comerciantes españoles, aunque casaron con dominicanas, auspiciaron sus propias entidades, especialmente clubes sociales,

como el Centro Español en San Pedro de Macorís y la Casa España en Santo Domingo. Por otro lado, participaron de una manera destacada en los cuadros directivos de las Cámaras de Comercio, Agricultura e Industria.

(Otros aportes de los españoles han sido magistralmente expuestos por el Dr. Carlos Dobal, en su conferencia dentro de este ciclo).

Los judíos sefarditas provenientes de Curazao y en menor grado de St. Thomas estuvieron vinculados a las actividades comerciales y financieras del país desde el primer cuarto del siglo XIX, aunque su inmigración se produce a partir de la década del 40. Todos Uds. conocen de las estrechas relaciones que nuestra economía guardaba en esa época con los puertos de Carlota Amalia y Wilhelmstadt y los vínculos de nuestros políticos con los comerciantes establecidos allí. Muchos gastos de guerra de las luchas contra Haití y de las propias "revoluciones" domésticas fueron financiados por estos inmigrantes o por sus pares establecidos en dichas ciudades, como lo fuera el caso de Jesurun y Báez en 1868. De esta forma, los comerciantes judíos devinieron en factores claves de la política financiera dominicana. En 1866 Cabral autorizó a Jacobo Pereira a gestionar un préstamo en Europa por 400,000 libras esterlinas, en operación que fracasó por negativa congresional. Dos años más tarde, Báez encomendaba a Jesurun a gestionar un empréstito, concluyendo las diligencias en el conocido empréstito Hartmont de 1869. Posteriormente, Eugenio Generoso de Marchena, firmó en 1888, en Amsterdam, el empréstito de 770,000 libras con los banqueros holandeses Westendorp.⁴⁸

Fuera de las actividades financieras los judíos sefarditas integraron el elenco de las casas comerciales de importación y exportación de Santo Domingo y en menor escala en otros centros urbanos. A finales de siglo las casas de Samuel Curiel & Co., de E. López Penha, de Eugenio de Marchena, de J. de Lemos, figuraban entre las principales del directorio capitaleño.⁴⁹

Los judíos sefarditas no se mantuvieron como un grupo cerrado, caracterizado por la endogamia y la adscripción a sus patrones religiosos y procesos de educación tradicionales como mecanismos claves para mantener la cohesión grupal. Su reducido número conspiró contra las posibilidades de darle vigencia a un comportamiento de tal género. Hoetink señaló, citando a Ucko, que sus necesidades espirituales fueron satisfechas a través de su incorporación a la masonería, institución en boga en aquella época, así como en la aceptación convencional de los ritos católicos, especialmente

del matrimonio. Por otro lado, entre una generación y otra se fue produciendo un cambio de orientación en sus actividades. Si en la primera generación de inmigrantes predominaba el comercio y las finanzas, ya en la segunda generación se introducen nuevas actividades como la educación, el periodismo y la política, para culminar en la tercera generación con el predominio neto de las profesiones liberales y la política. En el sentido indicado, la familia Henríquez podría servir de ejemplo fecundo de este proceso de cambio de orientación intergeneracional, al haber provisto a la sociedad dominicana de una nutrida pléyade de educadores, literatos, periodistas y políticos que han ejercido un liderazgo intelectual indiscutido en varias generaciones.

Los árabes, especialmente sirios, libaneses y palestinos, empezaron a llegar al país en la década del 90 y a principios de este siglo. Se establecieron en casi todos los centros urbanos de importancia, dedicándose al comercio minorista y ambulante. En Santiago se instalaron con quincallas en el Mercado, abriendo créditos a ser cancelados los sábados, lo que se señala como una de las claves de su éxito.⁵⁰ El *Directorio* de Deschamps de 1907 trae un anuncio de Nacif y Julián P. Haché, mientras aparecen listados como comerciantes varios apellidos árabes, tales como Diep, Elías, Jelú, Hahnet, Jacobo, Jorge, Shadalá, Suet, Safet, Tallay, Zaen e Isaías. Trece años más tarde, el *Libro Azul de Santo Domingo* incluye una amplia reseña de Baduí M. Dumit & Co., quien se estableciera en 1900 en Santiago, y de cuya firma señala que era “una de las más fuertes” de esa plaza, añadiendo que el señor Dumit poseía además 6 “buenas casas en la ciudad”. A juicio de los autores de esta obra uno de los factores del éxito del inmigrante sirio eran “los atractivos precios a que ellos venden, siempre más bajos que los demás”.⁵¹ El progreso de los árabes de Santiago se evidenció en las contribuciones que ellos hicieron al ornato de la ciudad: “la iluminación eléctrica de la catedral” y la “capilla del cementerio municipal”.⁵²

Otro emplazamiento significativo de los inmigrantes árabes fue San Pedro de Macorís y los ingenios circundantes. Allí practicaron un comercio agresivo, yendo tras la huella del cliente en los campos de caña y en los bateyes centrales, operación que fue resentida por el comercio petromacorisano establecido que alegaba que el buhonerismo le hacía una competencia desleal. En la explanada que sirve de entrada al ingenio Consuelo, donde Sánchez indicaba que se formaba un mercado de proporciones estimables, especialmente los domingos, los árabes copaban la feria con sus telas y misceláneas baratas. Su extraordinaria habilidad para comerciar llevó a algunas compañías

azucareras a entregarles la concesión para operar sus bodegas, en lo que aparece como una fórmula de transacción en esta guerra por el control del comercio detallista. Es en San Pedro de Macorís donde hallamos una relación más numerosa de comerciantes árabes en 1907, figurando apellidos tales como Abud, Chain, Curé, Camastro, Duluc, Elías, Hazim, Abraham, Jorge, Nicolás, Manzur, Salomón y Merip.⁵³ En esa comunidad el progreso de la colonia árabe se manifiesta en su influencia en el comercio de textiles, en su incursión en la industria de confecciones de ropa (Antún) y en la propia industria azucarera como importantes colonos (Acta). Su liderazgo a nivel de comunidad se ha expresado en el desempeño de roles de senadores, municipales, rectores, ocupados por miembros de la segunda generación y en menor cuantía de la primera.

En Santo Domingo, para la misma fecha aparecían registrados como comerciantes, ubicados casi todos en la calle Separación (hoy El Conde), apellidos tales como Azar, Elías, Alma, Abud, Hásbún, Heded, Mansur, Miguel, Melhen, Terk, Zaiter. Pero sería la avenida Mella la plaza del dominio árabe, especialmente en la línea de los textiles y en bazares. El rápido incremento de los negocios árabes se refleja en el caso de Nemen Terk, quien ocupaba en 1920 toda una página en el exclusivo *Libro Azul*, consignándose que era uno de los comerciantes de mayor importancia, dedicándose tanto a las importaciones de mercancías como a la exportación de frutos del país, con doce empleados, dos agentes, dos viajantes y sesenta operarios a su servicio, propietario de fincas y de una goleta dedicada a la navegación en el Caribe.⁵⁴ Pero el proceso de movilidad de la colonia radicada en la capital se expresaría mejor en la fundación del Club Sirio Libanés, al cual se unirían algunas familias tradicionales de la ciudad.

El proceso de movilidad de los árabes en la sociedad dominicana ha sido extraordinario, siendo ellos los principales comerciantes en muchas ciudades del país y teniendo una participación destacada en actividades industriales, principalmente en la industria textil. La segunda generación ha experimentado un cambio apreciable en su orientación ocupacional desde los negocios —sin dejar de persistir en ellos— hacia actividades profesionales, políticas y militares. En el campo académico la participación de la segunda generación ha sido de primer orden. Sólo en la Universidad del Estado, de siete rectores surgidos después del “movimiento renovador”, cuatro han sido descendientes de inmigrantes árabes: los doctores Kasse Acta, Cury, Tolentino Dipp y Rosario Resek. Durante ese mismo lapso, cuatro vicerrectores han sido igualmente descendientes de árabes: Abinader,

Lalane José, Tolentino Dipp y Schecker. La Universidad Central del Este es en alto grado la obra de su rector José Hazim, quien la ha impulsado tesoneramente.

Entre casi todas las profesiones universitarias la lista de descendientes de árabes es elocuente, descollando en el campo de la medicina en casi todas las especialidades. Los nombres de Antonio Zaglul, en la psiquiatría y Emil Kasse Acta en la pediatría, para solo citar dos casos, son bastante decidores.

En el mundo de la política los árabes de segunda generación han ocupado roles destacados. Los cuadros de la burocracia pública están repletos de descendientes de inmigrantes que han ocupado gobernaciones, senadurías y diputaciones, secretarías de Estado, embajadas y últimamente una vicepresidencia de la República. En la amplia gama de partidos que hoy existen en el país desempeñan funciones de liderazgo. En la carrera militar han llegado a las más elevadas jerarquías, como el General Wessin y Wessin y el General Estrella Shadalá.

El aporte árabe a la culinaria dominicana ha sido extraordinario, a tal grado que muchos de sus platos son parte importante de nuestra cocina, como el *quipe*, el repollo relleno, la berenjena rellena, entre otros.

La inmigración de clase media: cubanos y puertorriqueños

Con el desarrollo de la primera guerra de independencia de Cuba (1868—1878) y de las luchas anticoloniales en Puerto Rico, llegó al país una fuerte corriente migratoria de cubanos y puertorriqueños, cuyo influjo en la sociedad dominicana fue determinante en diversos órdenes. Ya hemos analizado su componente empresarial y nos toca ahora abordar a los grupos de clase media integrados en ella.

Las motivaciones políticas de esta inmigración se reflejaron en el activismo que caracterizó a sus miembros, quienes tomaron a Puerto Plata como su bastión fundamental. Allí Eugenio María de Hostos, Federico García Copley y otros ilustres inmigrantes formaron asociaciones patrióticas, editaron periódicos y realizaron una vasta labor cívica, asociados a los elementos dominicanos liberales que, como Luperón concebían la independencia de Cuba y Puerto Rico mancomunada a la preservación y desarrollo de la soberanía dominicana. De esta forma, un cubano como García Copley aparece como fundador de la Liga de la Paz, entidad que recibió el apoyo de

Hostos y que bajo el liderazgo de Luperón dirigió la lucha contra el gobierno de Ignacio María González.⁵⁵

Aunque la prensa dominicana estuvo abierta a las colaboraciones de los patriotas cubanos y brindó cálido respaldo a su lucha, los cubanos y puertorriqueños fundaron varios órganos periodísticos. En 1875 Hostos colaboró con el periódico *Las dos Antillas*, que al ser clausurado por González, apareció bajo el nombre de *Las tres Antillas* y fue seguido por *Los Antillanos*, dirigido por Hostos. Federico García Godoy fundó en La Vega, en 1880, *El Esfuerzo* y en 1889 *El Pueblo* mientras Juan Amechazurra editaba en 1885 *El Oriente*, en San Pedro de Macorís. Con motivo de la segunda guerra de independencia cubana se publicaron *El Cubano* en Santo Domingo, *Albricias* en Monte Cristi, *Cuba y Quisqueya* y *Prensa Libre*, en Santo Domingo.⁵⁶

En el campo de la educación la labor realizada por estos inmigrantes fue sobresaliente. Ursula Godoy, asistida por su esposo García Copley y por su hijo Federico, fundó en Puerto Plata en 1873 la Academia de Niñas Sta. Rosa, de instrucción primaria, mientras su esposo ejerció el magisterio en Santiago, enseñando Gramática y Retórica en la Escuela Superior Municipal y en la Escuela Superior de Niñas Sta. Teresa y su hijo se desempeñaba como subdirector del Colegio Municipal de Pto. Plata. En Santiago, donde se estableció una buena parte de la colonia cubana, el Dr. Rafael Díaz Márquez, médico, fundó y dirigió el Colegio Salvador, mientras el Dr. Juan Justo Osorio organizó el primer gimnasio de esa ciudad.⁵⁷ En Baní, Enrique Loynas y su esposa Juana Castillo ejercieron el magisterio, habiendo formado según Incháustegui, "buenos factores".⁵⁸

La labor de Hostos en el plano educativo ha tenido una trascendencia incuestionable, al introducir en el país los contenidos de una enseñanza normada por los principios positivistas y por un rol más dinámico del Estado en el proceso educativo. La insistencia en la enseñanza laica, la fundación de la Escuela Normal, la inauguración de las Cátedras de Derecho Público y Economía Política en el Instituto Profesional, la publicación de sus obras *Lecciones de Derecho Constitucional, Moral Social y Tratado de Sociología*, en las cuales bebieron sus conocimientos numerosos jóvenes de la élite intelectual dominicana, son algunos de los muchos y ricos aportes del Maestro a la cultura dominicana.⁵⁹

En Santiago de los Caballeros se estableció un importante grupo de médicos cubanos. Uno de ellos, el Dr. Francisco Argilagos, fue de

los primeros en practicar la cirugía ocular en la región. Otro, el Dr. Castellano y Arteaga, llegó a ser jefe de sanidad provincial, mientras un tercero, el doctor Eusebio Pons y Agreda, publicó unas *Nociones de Cosmografía*, un folleto sobre plantas medicinales dominicanas (*Noticias sobre algunas plantas medicinales de esta República, sus propiedades y empleo en medicina seguida de una guía médica para las familias*) y un opúsculo sobre la viruela, patentando un *Jarabe Depurativo de Guázuma y Guayacán* que se vendía en su farmacia, y llegando a la presidencia del Ayuntamiento y a la dirección del Hospital San Rafael. Un cuarto, el doctor Pedro Pablo Dobal, practicó ampliamente la cirugía, fue médico personal de Lilís, socio fundador del Centro de Recreo y Vicepresidente del cabildo.

Esta inmigración también incluyó contratistas de obras públicas y hasta un compositor, pianista, prestidigitador y transformista.⁶⁰

La inmigración cubana tuvo dos fases, vinculadas a las dos guerras de independencia de ese país. Al obtener Cuba su independencia, la mayoría retornó a su país, pero otra parte quedó integrada al seno de la comunidad dominicana por lazos familiares, como los García Godoy, Loynas y Zayas, entre otros.

La inmigración proletaria: cocolos, puertorriqueños y haitianos

Junto a la industria azucarera, al ferrocarril y a otras actividades productivas, llegarían al país miles de trabajadores extranjeros, especialmente a partir de la mitad de la década del 80, cuando se iniciaría una dilatada fase de precios bajos en el azúcar que se prolongaría hasta los años de la primera guerra mundial. Esta depresión obligó a los empresarios azucareros a reducir los niveles de salario, desalentando de esta forma a los campesinos dominicanos que participaban en la zafra.

Los inmigrantes de las pequeñas islas del Caribe, denominados cocolos, que ya Hazard había observado en la década del 70 en Puerto Plata laborando como jornaleros en el puerto y a sus mujeres como lavanderas, y que en Santo Domingo habían integrado una pequeña comunidad de artesanos, se constituyeron en la solución para nuestros problemas de brazos. Desde finales del siglo y durante los 30 primeros años del presente llegaron en cantidades de varios miles anuales a trabajar en los campos de caña y en la factoría en San Pedro de Macorís, Santo Domingo, Puerto Plata y posteriormente La Romana, así como en algunas plantaciones cacaoteras en Samaná,

guineeras en Puerto Plata y en las faenas del ferrocarril Sánchez—La Vega.

De esta forma ellos, con su concurso de músculos, talento y disciplina, contribuyeron poderosamente a forjar la riqueza de este país.

Esta inmigración no se produjo sin problemas. Mientras un empresario como William Bass exaltaba sus cualidades beneficiosas para la industria azucarera, determinados órganos de prensa, haciéndose eco de los intereses del comercio que se consideraba afectado por el espíritu de ahorro de inmigrantes que retornaban a sus islas con una buena parte de sus ingresos y exhibiendo un escondido prejuicio racial, los calificaban como “balandro de calamidades”, caracterizados por su “inferioridad étnica”, etc.

La significación cuantitativa de este movimiento se revela en el hecho de que en 1919—20 de casi 6,000 inmigrantes llegados al país ese año, el 60% eran braceros importados por las empresas azucareras, sin contar familiares y otros braceros llegados para diversas faenas fuera de la industria. De esos inmigrantes el 42% se quedó en el país al término de la zafra, registrándose casi 12,000 cocolos empleados ese año por los ingenios.⁶¹ De esta forma, esta inmigración constituyó una comunidad de importancia, tanto en los ingenios como en las ciudades, donde formaron barrios completos como Miramar en San Pedro de Macorís.

Los cocolos poseían un nivel de calificación superior al resto de los trabajadores azucareros. Ya Hazard había observado su pericia para las lenguas, indicando que la “mayoría habla el inglés a la perfección”, conociendo dos o tres idiomas.⁶² El nivel de alfabetización debió ser mucho mayor en los cocolos, debido en alto grado al factor religioso, donde la lectura de la biblia constituye un ingrediente básico de la práctica religiosa y donde las iglesias juegan un rol clave en el proceso educativo. Estos factores debieron influir para el rápido acceso de los cocolos a los trabajos de factoría que exigían cierta calificación.

El *ethos* cocolo puede ser caracterizado como el de una comunidad cohesionada en torno a la familia, de vida austera y práctica religiosa consciente, de hábitos de trabajo disciplinado y de ahorro, de fuerte espíritu asociativo. Ello se tradujo en lo que puede ser considerada su rica y amplia aportación a la cultura dominicana.⁶³

En el orden institucional la presencia cocola dio origen a numerosas iglesias protestantes que hoy tienen amplia vigencia en el país como la Iglesia Episcopal Dominicana, la Iglesia Moraviana, la Iglesia Africana Metodista Episcopal y la Fe Apostólica. Estas iglesias, y en especial la Episcopal, abrieron diferentes escuelas destinadas a la formación de los cocolos y de dominicanos, tanto en las ciudades como en los ingenios azucareros. Por otro lado, numerosos profesores cocolos impartieron en escuelitas domésticas enseñanza elemental, conocimientos musicales y adiestraron a muchos dominicanos en el manejo del inglés.

Los cocolos fueron participantes activos en el movimiento masónico, impulsando la creación de varias logias en odd fellows, como la Logia Estrella de Puerto Plata, fundada en 1889, y la Loyal Lux Dominicana, establecida en 1896 en esa misma ciudad y presidida por Luis A. Lockward. En San Pedro de Macorís fundaron la Industria en 1892, siendo desplazados de la directiva por los dominicanos, razón por la cual crearon la Experiencia en 1908.

Un enorme cantidad de sociedades de socorro mutuo, destinadas a asistir a sus miembros en caso de enfermedad y a cubrir los gastos de entierro en caso de muerte, así como a celebrar actividades culturales y fiestas, fueron creadas por estos inmigrantes. Julio César Mota, en su tesis sobre la cultura cocola, detectó doce sociedades de este tipo organizadas en San Pedro de Macorís y en los ingenios circunvecinos, mientras don Emilio Rodríguez Demorizi nos da cuenta de dos establecidas en Puerto Plata a finales de siglo.

Además de estas sociedades, que tuvieron un efecto de demostración en el movimiento obrero dominicano de finales del XIX y principios de siglo, los cocolos operaron bajo el nombre de Black Star Line un capítulo dominicano de la sociedad pannegra Universal Negro Improvement and Conservation Association (UNIA), liderada por el negro jamaiquino Marcus Garvey⁶⁴ en los Estados Unidos. Esta sociedad, fundada en 1918 y cuyos postulados radicales precursoraron el Black Power, fue reprimida por las autoridades de ocupación en 1921.

Los cocolos organizaron en 1913 el primer gremio de trabajadores portuarios en San Pedro de Macorís, donde prácticamente controlaban las labores de arrimo. Su presencia en el movimiento obrero del Este quedó evidenciada en la década del 40, cuando encabezaron junto a líderes dominicanos como Mauricio Báez las reivindicaciones salariales de los trabajadores.

Los aportes cocolos al folklore dominicano han quedado registrados en los bailes de *el Momise* y el de los *Guloyas*, ambos inspirados en motivos bíblicos e incorporados al elenco de nuestro ballet folklórico nacional dirigido por Fradique Lizardo.

En la culinaria el *yaniqueque (Johnny Cake)*, alimento de harina de trigo, huevo y aceite, elaborado en forma de bollo u hojuela, frito u horneado, es sin duda el aporte de la cocina cocola de mayor extensión entre los hábitos alimentarios del dominicano. Sin embargo, a nivel regional en San Pedro y Puerto Plata, otros platos cocolos gozan de alto aprecio. El *domplín*, consiste en un bollo u hojuela de "harina de trigo amasada con nata de leche y huevo" que se salcocha y se sirve con salsa de pescado, especialmente de bacalao. Al parecer también existe una variante, por lo menos practicada en Puerto Plata, consistente en hervir el bollo en chocolate con leche o agua, sirviéndose en la cena. Otro plato de extensión regional es el *fungí*, hecho con harina de maíz salada, cocida con molondrones y servida con pescado guisado en leche de coco.

Entre los dulces que asimilamos como dominicanos y que al parecer tiene un origen cocolo, está el coconete, hecho con trozos de coco y harina de trigo. En el plano de las bebidas cocolas, la más popular es el *guavaberry*, que se toma para Navidades y consiste en una fermentación del sirop de la frutilla del arrayán diluido en aguardiente. Hoy, esta bebida ha sido industrializada por Pedro Justo Carrión.

La comunidad cocola ha experimentado un proceso de movilidad notorio. Dentro de la propia industria azucarera son muy pocos los que trabajan en la caña, donde han sido desplazados por los haitianos, siendo la mayoría de ellos, tanto los de primera generación como los de las sucesivas, trabajadores calificados de factoría. Dentro de los cuadros técnicos de la industria, figuran numerosos cocolos de segunda y tercera generación.

Fuera de la industria azucarera, caracterizada por la rigidez de su estructura social, los cocolos han avanzado todavía más rápidamente, empleando para ello canales de movilidad tan importantes como la educación y las iglesias protestantes. Dos de las más virtuosas y honorables familias dominicanas que poseen ascendencia cocola, son la familia Lockward y la familia Silié, vinculadas a actividades educativas y a la Iglesia Evangélica la primera. Los ancestros de ambas estuvieron desvinculados de la industria azucarera y se dedicaron a actividades artesanales urbanas. Los Lockward llegaron

desde Islas Turcas y se radicaron en Puerto Plata, mientras los Silié procedían de Curazao y se radicaron originalmente en Santo Domingo, viviendo luego en San Pedro, para retornar a esta ciudad. La familia Lockward nos ha prodigado una pléyade de educadores, periodistas, músicos, pastores, literatos, economistas y políticos, mientras la familia Silié ha reunido a educadores por tradición, destacados abogados, odontólogos, sociólogos e historiadores y políticos.

Los descendientes de cocolos se han destacado en los deportes (Ricardo Carty, Ricardo Joseph, Walter James), en las actividades artísticas (Juan Lockward, Violeta Stephen), en la literatura (Antonio Lockward, Norberto James, Mateo Morrison), en el liderazgo sindical local y regional y en la política, donde uno de ellos ha sido candidato presidencial (Alfonso Lockward).

La inmigración puertorriqueña para trabajar en los ingenios fue fomentada por el empresario puertorriqueño Juan Serrallés, para laborar en su ingenio *Puerto Rico* y por William Bass, para trabajar en *Consuelo*. También vinieron a participar en la zafra de algunas fincas de café en el sur del país. Sin embargo, esta no alcanzó el número y la constancia que la coca.

La mayoría de los inmigrantes puertorriqueños procedían de los campos cafetaleros de su país y otros eran jornaleros y artesanos, que venían atraídos por lo que uno de ellos consideraba buena paga, atención médica y "botica de pobre", más pago en efectivo y no en fichas, proporcionados por los ingenios dominicanos. Para Bass, bastaba con pagarles el pasaje, darles al llegar "un peso a cada uno para que cenén, tomen su trago y fumen su tabaquito o cigarrillo, antes de alojarlos 'adonde se puede'" y ofrecerles trabajo al día siguiente.⁶⁵

No sería sino con los trabajos para la instalación del Central Romana que arribaría al país una nueva corriente migratoria puertorriqueña de importancia. Una buena parte de los trabajadores de factoría y de la planta administrativa provendría de allí, así como braceros. La misma guardia campestre del Central fue formada nada menos que por el jefe de la policía de San Juan, el Capitán Cabrerías, quien llegó en 1917 en compañía de 57 hombres de su confianza que incluían suboficiales.⁶⁶

Esta colonia ha tenido un impacto importante en la vida local de La Romana, creando centros como La Casa de Puerto Rico y

fundando numerosas familias dominicanas caracterizadas por su laboriosidad.

Por último, los haitianos, que vinieron al país en términos de miles a finales de la década del diez, durante la ocupación norteamericana, a laborar en la zafra azucarera y en los trabajos de obras públicas llevados a cabo por ese gobierno, constituyen —como reza un slogan de promoción turístico de nuestro país en el exterior— el “secreto mejor guardado” de la sociedad dominicana. A pesar de que ellos realizan la zafra dominicana y habitan desde décadas en nuestros bateyes, la élite intelectual dominicana los ha tratado regularmente con desprecio. Balaguer se refiere al inmigrante haitiano “como un ser tarado por lacras físicas horrorosas”, indicando que “ninguno de ellos conoce la higiene”, que ha sido “un generador de pereza”, que ha ejercido “una influencia perniciosa en el trabajador dominicano”.⁶⁷ Pero a su vez, un periódico editado por Gregorio Urbano Gilbert, señalaba a los inmigrantes haitianos como “los indeseables vecinos de occidente”,⁶⁸ de “quienes nada bueno podemos esperar”.⁶⁹

A pesar de esas reacciones de hostilidad, el haitiano es una realidad crucial y creciente en nuestra sociedad. Fuera de su aporte productivo, él ha sacado a flote viejas y escondidas prácticas mágico—religiosas junto a creencias sedimentadas en el alma popular, proporcionando la pericia de sacerdotes especialistas en ritos como el *judú*. Ya Juan Antonio Alix en 1904 dedica una de sus salpimentadas décimas a este tema, a propósito de un hecho ocurrido en la tradicional Santiago:

*“Cumpliendo con sus deberes
La señora policía,
Ayer como a mediodía
Sorprendió cuatro mujeres
Que bailaban con placeres
El judú con un haitiano
Que también le echaron mano
Y lo tienen en chirona,
Porque esa buena persona
Del judú es buen hermano.*

Para continuar diciéndonos:

*Entre dichas bailarinas
Había tres dominicanas,*

*Fragatas de cuatro andanas,
Y con buenas culebrinas.*

Señalándonos más adelante:

*Pájaro muy lugarú
Y gran profesor haitiano
De ese fandango africano
Que se nos mete de lleno;
Y si no hay Gobierno bueno
Adios pueblo quisqueyano.⁷⁰*

En el tiempo transcurrido desde entonces a la fecha estas prácticas se han multiplicado, arrojando con su magia a casi todos los estratos de nuestra sociedad, incluidos aquellos más sofisticados, que las celebran a hurtadillas.

NOTAS

1. Linton, Ralph, *Cultura y Personalidad*, FCE, México—Bs. Aires, 1967, p. 43.
2. *Ibidem*, p. 45.
3. *Ibidem*, p. 51; Cfr. Linton, Ralph, *Estudio del Hombre*, FCE, México—Bs. Aires, 1965; Malinowsky, Bronislaw, *Una teoría científica de la cultura*, Edit. Sudamericana, Bs. Aires, 1967; Kluckhohn, C. y Kelly, "The Concept of Culture", en Linton, Ralph, *The Science of Man in the World Crisis*, 1945; Kroeber, A.L., *Antropología General*, 1948.
4. Para una visión global ver Hinsley, F.H. (editor), *Material Progress and World—Wide Problems, 1870—98*, en *The New Cambridge Modern History*, vol. XI, Cambridge University Press, Cambridge, 1976; ver también Hobsbawm, E.J., *Industry an Empire*, The Pelican Economic History of Britain vol. 3, Peguin Books, Middlesex, 1977; Fieldhouse, David K., *Economía e Imperio. La expansión de Europa 1830—1914*, Siglo XXI, México, 1978.
5. Del Castillo, José y Cordero, Walter, *La Economía Dominicana durante el Primer Cuarto del Siglo XX*, Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1979, p. 12.
6. *Ibidem*, p. 11.
7. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
8. Fohlen, Claude y Bédarida, François, *La Era de las Revoluciones (1760—1914)*, en Parias, Louis—Henri (editor), *Historia General del Trabajo*, vol. III, Ediciones Grijalbo, México—Barcelona, pp. 283—289.
9. *Ibidem*, p. 230.
10. Timasheff, Nicholas S., *La teoría sociológica*, Fondo de Cultura Económica, Méxi-

co—Bs. Aires, 1963, pp. 31—48; Cuvillier, Armand, *Manual de Sociología*, Editorial “El Ateneo”, Bs. Aires, 1963, pp. 28—39.

11. *Ibidem*, pp. 49—63 y 45—48, respectivamente.
12. Ver Montenegro, Walter, *Introducción a las doctrinas político—económicas*, Fondo de Cultura Económica, México—Bs. Aires, pp. 23—47.
13. Sobre el positivismo en América Latina ver Woodward Jr., Ralph Lee (editor) *Positivism in Latin America, 1850—1900*, D.C. Heath and Co., Lexington—Toronto—London, 1971; ver también, Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, México, 1976, pp. 307—318; Henríquez Ureña, Pedro, *Historia de la Cultura en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pp. 110—127.
14. Sobre el régimen de Ulises Heureaux, Lilís, existe una abundante y cada vez más creciente bibliografía. Sin embargo, una buena parte de ella se halla teñida por una interpretación errónea del personaje y su rol dentro del contexto que sirvió de marco a su acción como jefe de Estado. Una buena parte de los autores tradicionales, adheridos sin reservas a una concepción que privilegia el papel del individuo en el acontecer histórico, nos muestra a Lilís como un déspota, motivado exclusivamente por el control personal del poder y sus beneficios. Esta tendencia tiende a hacer caso omiso al análisis del contexto dentro del cual operaba Lilís. De esta forma, el análisis de clases, el estudio de la economía, de las relaciones internacionales y del cuadro de ideas de la época, se halla ausente de dichas evaluaciones, distorsionando así la imagen de Lilís y opacando su rol. Sin embargo, los estudios más recientes realizados por profesionales de las ciencias sociales, abren cada vez más las posibilidades de una apreciación adecuada y desapasionada del régimen de Heureaux. El pionero de esta corriente ha sido Harry Hoetink con su excelente y estimulante *El Pueblo Dominicano: 1850—1900*, UCMM, Santiago, 1971. La brecha abierta por Hoetink ha sido explorada por numerosos autores, especialmente jóvenes profesionales norteamericanos y dominicanos cuya enunciación sería prolijo enumerar.

Sobre el régimen de días la historiografía mexicana moderna y los estudios de ciencias sociales (ciencias políticas, sociología, economía) han arrojado una nueva interpretación, distanciada de la imagen vulgar que tradicionalmente se ha difundido. Un ejemplo elocuente de esta línea de análisis lo ofrece la obra de Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado mexicano*, Ediciones “El Caballito”, México 1974, quien sobre el particular refiere:

“Las medidas que los liberales avanzaron, una vez en el poder, se distanciaron notablemente de su modelo teórico. Tanto los gobiernos de Juárez y Lerdo como, posteriormente, el de Díaz, se caracterizaron por la instauración de un Estado fuerte y centralizado y por la concentración del poder en manos del ejecutivo. Las cámaras legislativas no pudieron funcionar con independencia, el poder judicial se encontró impotente, los Estados fueron perdiendo sus facultades y el sufragio popular quedó mutilado. La doctrina del libre cambio hubo de ajustarse a las exigencias de un sistema tributario que obtenía la mayor parte de sus ingresos de los impuestos aduanales; a las condiciones impuestas por la depreciación de la plata que creaban un proteccionismo *de facto*; a las alcabalas impuestas por los Estados y los municipios, así como a la participación directa del Estado en ciertas ramas de la economía. La disolución de las propiedades eclesiásticas e indias no dio lugar a la mediana agricultura comercial, sino a la expansión de las grandes haciendas, y la prohibición por ley del trabajo forzado se tradujo en un fortalecimiento de los sistemas de trabajo coercitivo.” (p. 66).

15. Henríquez Ureña, Pedro, "La antigua sociedad patriarcal de las Antillas. Modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX", en *Obras Completas*, UNPHU, Santo Domingo, 1978, Tomo V, 1921-1925.
16. Rodríguez Demorizi, Emilio (editor), *Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871*, Edit. Montalvo, Cd. Trujillo, 1960, pp. 74-75.
17. Tolentino Rojas, Vicente, "Población del Santo Domingo Español", *Ciencia*, vol. II, n. 4, octubre-diciembre 1975, pp. 128-129.
18. Moya Pons, Frank, "Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas", *EME EME Estudios Dominicanos*, N 15, noviembre-diciembre 1974, pp. 3-28.
19. Ver Stephens, Jean, "La inmigración de negros norteamericanos en Haití en 1824", *EME EME Estudios Dominicanos*, N. 14, septiembre-octubre 1974, pp. 40-71; Puig, José Augusto, *Emigración de Libertos Norteamericanos a Puerto Plata en la Primera Mitad del Siglo XIX. La Iglesia Metodista Wesleyana*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1978.
20. "Sobre Inmigración", *El Dominicano*, 23-10-1845.
21. Ver Rodríguez Demorizi, Alonso, "Provincia de Puerto Plata", en Rodríguez Demorizi, Emilio, *Noticias de Puerto Plata*, Editora Educativa Dominicana, Santo Domingo, 1975, p. 92; Del Castillo, José, *La inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900-1930*, Cuadernos del CENDIA, UASD, Santo Domingo, 1978, pp. 43-49.
22. Balaguer, Joaquín, *La Realidad Dominicana*, Imp. Ferrari Hermanos Bs. Aires, 1947, pp. 28-39.
23. Hoetink, H., *Op. cit.*, pp. 70-75.
24. Hostos, E.M., "Inmigración y Colonización" y "Centro de Inmigración y Colonias Agrícolas", en Rodríguez Demorizi, Emilio (editor), *Hostos en Santo Domingo*, Imp. J.R. Vda. García, Cd. Trujillo, 1939, vol. I, pp. 85-95 y 177-182, respectivamente.
25. Aunque San José de Ocoa figuraba, de acuerdo a la división política administrativa de esa época, como una común de la provincia de Azua, en las relaciones de extranjeros correspondientes a la provincia de Santo Domingo aparece incluida. Esta última provincia comprendía a San Cristóbal, Baní, Guerra, Los Llanos, Bayaguana, Monte Plata, Boyá, San Carlos y La Victoria, en calidad de comunes, y los cantones de Pajarito, Sabana Grande y Yamasá. Ver Tolentino, Vicente, *Historia de la división territorial 1492-1943*, Colección Trujillo, Editorial El Diario, Santiago, 1944, pp. 170-177.
26. Del Castillo, José, texto inédito.
27. Ver Del Castillo, José, "Fichas de Historia Azucarera. La Isabela", *Azúcar y Diversificación* n. 36, Agosto 1977, pp.13-14.
28. Del Castillo, José, texto inédito.
29. *Ibidem*.

30. Sánchez, Juan J., *La Caña en Santo Domingo*, Editora Taller, Santo Domingo, 1972, pp.43–44.
31. Del Castillo, José, texto inédito.
32. Sánchez, Juan J., *Op. cit.*, p. 56.
33. Del Castillo, José, texto inédito.
34. *Ibidem.*
35. *Ibidem.*
36. *Ibidem.*
37. *Ibidem.*
38. *Ibidem.*
39. *Ibidem.*
40. Hoetink, H., *Op. cit.*, pp. 101–104.
41. “Proyecto de Cables i líneas telefónicas. Algunas observaciones” *El Eco de la Opinión*, 22–1–1886.
42. “Directorio del Teléfono”, *El Eco de la Opinión*, 1888.
43. Federico García Godoy, “El Ferrocarril del Cibao”, *El Eco de la Opinión*, 14–5–1887.
44. Hoetink, H., *Op. cit.*, p.100.
45. “Centros Comerciales”, *El Eco de la Opinión*, 15–8–1884.
46. Hoetink, H., *Op. cit.*, p. 58, citando *Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871*, p. 286.
47. Deschamps, Enrique; *La República Dominicana. Directorio y Guía General*, Editora de Santo Domingo, Santo Domingo, 1974.
48. Hoetink, H., *Op. cit.*, pp. 51–52.
49. *Santo Domingo (A Handbook)*. Bureau of the American Republics, Washington, Government Printing Office, 1894.
50. Hoetink, H., *Op. cit.*, p. 68.
51. Compañía Biográfica, *Libro Azul de Santo Domingo*, Klebold Press, New York, 1920, p. 142.
52. Hoetink, H., *Op. cit.*, p. 68.

53. En la actualidad, la ortografía de algunos apellidos árabes es diferente. Así, Shadalá, Jelú, Tallaj, Camastro, Terk, Melhen, se escriben hoy: Sadhalá, Helú, Tallaj, Camasta, Terc y Melgen, respectivamente.
54. Compañía Biográfica, *Op. cit.*, p. 53, Terc también figuraba como socio comanditario de la casa Juan Elías & Cía., fundada en 1918. Ver p. 55.
55. Ver Rodríguez Demorizi, Emilio, *Noticias de Puerto Plata*, Edit. Educativa Dominicana, Santo Domingo, 1975; , *Sociedades, Cofradías, Escuelas, Gremios y otras corporaciones dominicanas*, Edit. Educativa Dominicana, Santo Domingo, 1975; , *Luperón y Hostos*, Editora Taller, Santo Domingo, 1975; Tolentino, Hugo, *Gregorio Luperón (Biografía Política)*, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1977.
56. Martínez Paulino, Marcos, *Publicaciones Dominicanas desde la Colonia*, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1973.
57. Heres Hernández, Evaristo y López Muñoz, Javier, "La inmigración Cubana y su Influencia en Santiago de los Caballeros en el Siglo XIX (1868—1908)", *EME EME Estudios Dominicanos*, n. 29, marzo—abril 1977, pp. 55—104.
58. Incháustegui, Joaquín S., *Reseña Histórica de Baní*, Editorial Guerri, Valencia, 1930, p. 144.
59. Ver Rodríguez Demorizi, Emilio, *Hostos en Santo Domingo*, Imp. J.R. Vda. García, Cd. Trujillo, 1939, vol. I y II; *La Influencia de Hostos en la cultura Dominicana (Respuestas a la encuesta de EL CARIBE)*, Editora del Caribe, Cd. Trujillo, 1956; Bosch, Juan, *Hostos el Sembrador*, ediciones huracán, Río Piedras, 1976. Sobre las obras de Hostos ver su *Moral Social*, Editorial Losada, S.A., Bs. Aires, 1939, y su *Tratado de Sociología*, Edit. EL ATENEO, Bs. Aires, 1941.
60. Heres Hernández, Evaristo y López Muñoz, Javier, *Op. cit.*
61. Del Castillo, José, *La Inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900—1930*, Cuadernos del CENDIA, UASD, Santo Domingo, 1978, pp. 52—53.
62. Hazard, Samuel, *Santo Domingo, Su Pasado y Presente*, Editora de Santo Domingo, Santo Domingo, 1974, p. 181.
63. Ver Mota Acosta, Julio César, *Los cocolos en Santo Domingo*, Editorial La Gaviota, Santo Domingo, 1977; Richiez Acevedo, Francisco, *Cocolandía*, mimeo., 1967; Bryan, Patrick, *En torno a la recepción de los cocolos en la República Dominicana*, UASD, mimeo, Santo Domingo, 1973.
64. Marcus Garvey es considerado hoy uno de los tres padres fundadores de la nacionalidad jamaíquina, junto a Sir Alexander Bustamante y Michael Manley (padre). Ver sobre Garvey y su movimiento Clarke, John Henrik (editor), *Marcus Garvey and the Vision of Africa*, Random House, New York, 1973.
65. Del Castillo, José, texto inédito.
66. *Ibidem.*

67. Balaguer, Joaquín, *Op. cit.*, pp.102–105.
68. *Humor y Comercio*, 14–12–1930.
69. *Humor y Comercio*, 3–7–1927.
70. Alix, Juan Antonio, *Décimas*, Librería Dominicana, Santo Domingo, 1969, vol. II, pp. 43–45.

